



Murcia

Julia Huertas Gavilondo, 71 años

Silvia Muñoz Cuello, 23 años

UN AMOR CON BANDA SONORA

Teson pero a la vez dulzura y, sobre todo, una gran vocación por el mundo de la música son los rasgos que mejor definen a Julia, una bilbaína de nacimiento pero murciana de adopción. Después de 71 años disfrutando de la vida y haciéndosela disfrutar a los que la rodean, se ha topado con una sus caras más crudas: la repentina muerte de su marido hace doce meses. Ahora su familia, junto a su piano, su acordeón, su bandurria y su grupo de rondalla se han convertido en su tabla de salvación para superar la pérdida irrecuperable de su querido Pepe. Una historia de amor que bien merece relatarse en estas líneas...

Julita, como la conocían en su Bilbao natal, nació en el bélico año de 1936. Esta mujer de imponentes ojos verdes llegó dispuesta a dar mucha guerra, musicalmente hablando. Desde muy pequeña, las partituras fueron sus principales compañeras de juegos y con tan sólo 18 años ya se dedicaba profesionalmente a su gran vocación: dar clases de piano. Ésta fue una época que Julia recuerda con especial cariño: “Puedo decir con la cabeza bien alta que ninguno de mis alumnos ha suspendido”, afirma orgullosa al tiempo que se le iluminan los ojos rememorando esa época en la que daba color a las teclas blancas y negras.

Y como la música y el baile van ligados de la mano, no podía haber una mejor forma en la que conociera a su marido: marcándose unos pasos al son de las canciones de los años 50. Un apuesto murciano, viajante de profesión, la conquistó por completo. Julia y Pepe estarían unidos para siempre desde el instante en el que cruzaron sus miradas durante ese baile en Bilbao. El amor había llegado a sus vidas, pero no todo fue un camino de rosas y tuvieron que hacer frente a algunas adversidades: la oposición de los padres de ella y la desgraciada muerte del progenitor de él, que iba a trastocar sus planes de casados.

De novios habían planeado irse a vivir a Zaragoza, donde incluso ya habían dado una señal por un bonito apartamento en el que Julia seguiría disfrutando de su piano dando clases. Pero meses antes de la boda, el padre de Pepe falleció inesperadamente en Murcia, donde regentaba un horno de pan que se quedaba sin dueño. Este triste suceso impidió a la pareja cumplir sus pensamientos de futuro, ya que obligados por las circunstancias tuvieron que trasladarse a Murcia una vez casados. Una decisión que supondría para Julia el final de sus días dedicados a la música.

Antes de la boda, la joven bilbaína viajó a la capital de Segura por primera vez y se llevó una gran decepción al comprobar el estado de la ciudad: “En aquella época Murcia no era lo que es ahora; decían que era como un corral de vacas y la verdad, es que en cuanto bajé del tren, no tenía en la boca un mejor calificativo que ése para describir la ciudad”, remarca con picardía.

Para ella, que venía de una ciudad completamente industrializada en la que además había sido una mujer avanzada para su tiempo con los estudios de música, creyó retroceder más de diez siglos en la tierra de su querido Pepe. A pesar de todo, Julia que valora la importancia de la familia por encima de cualquier cosa, sabía que era necesario el traslado para que su futuro marido apoyara a los suyos y se quedara al mando del horno de pan. Por eso aprovecharon sus últimos días de novios al máximo y realizaron un bonito recorrido en moto durante su luna de miel por el norte de la península.

De vuelta al que a partir de ese momento iba a ser su nuevo hogar, las partituras y los instrumentos musicales dieron paso a dos compañeras de andanzas menos sutiles: una escoba y una fregona, que fueron desde entonces lo que sus manos debían sostener. Unas delicadas manos cuyos dedos, hasta hacía muy poco tiempo, habían creado música en las teclas de su piano.

A Julia no le quedaba otra opción que adaptarse a marchas forzadas a su nueva vida, pero el permanecer al lado de su marido, lo compensaba todo. Y así, poco a poco, fue construyendo una familia que colmó sus expectativas ante la vida. Sus tres preciosas hijas se convirtieron en el orgullo de la familia.

Después de dedicarle más de 30 años al negocio familiar y con la sensación del trabajo bien hecho, tanto ella como su marido, se retiraron en 1989. El único deseo de ambos era vivir apaciblemente sus años de jubilados, y así lo hicieron convirtiéndose en auténticos turistas. Precisamente en uno de sus viajes a Palma de Mallorca, Julia se reencontró con su gran vocación: el piano. Su esposo, que la vio tan feliz al contemplar el instrumento que presidía el hall del hotel donde se alojaban, le animó a tocar algunas piezas musicales. En el Julia retomó la afición, que había dejado apartada por amor muchos años atrás.

De vuelta a Murcia tras ese viaje, su marido le regaló un precioso piano negro y la acompañó sin descanso a los conciertos en los que actuaba junto al grupo de rondalla en el centro de mayores al que pertenecía, en el que ella además tiene el honor de ser la única mujer de la agrupación.

No hacía falta mirarla, ni hablar con ella para reconocer en su rostro la imagen misma de la felicidad. Aunque una tarde de verano su sonrisa se desdibujó para siempre: Pepe fallecía en un accidente de tráfico. Un duro golpe que sucedió hace un año y del que trata de recuperarse paso a paso.

Ahora dedica la mayor parte del tiempo a la música, su única amiga fiel que siempre le acompañará. En el hogar que compartió sus años de felicidad con su marido, la foto de Pepe preside el salón junto al piano negro que ahora suena más amargo. Julia no dejará de tocarlo porque sabe que no hay ningún homenaje mejor que ofrecerle su música al único y gran amor de su vida.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Si me preguntas en estos momentos qué es lo importante de la vida, te diré que lo importante ya lo he vivido. Lo primordial es ser feliz y para eso hace falta tener a alguien que te quiera, una familia de la que te preocupes y que se preocupe por ti, y una meta por lo que luchar día a día. Todo eso ya lo he tenido y ahora, después de casi 50 años al lado de mi marido, parte de mi vida se ha ido con él. Soy una persona muy activa y estar en contacto con la música ha impedido que me hunda más. Aun así es difícil para mí aceptar su muerte y seguir adelante sin Pepe”.

En cuanto Julia me contó su historia sabía que iba a tener delante de mí un difícil reto por delante: estar a la altura de ella. Después de haber compartido muchas tardes con ella y muchos minutos al teléfono sé con total seguridad que la vida le debe una a Julia, porque una mujer que ha luchado tanto no merece quedarse vacía por dentro.

Afirma no tener sueños por cumplir, pero su deseo expreso es el de dar a conocer a su grupo de rondalla a nivel nacional durante un concierto. El escenario elegido será a propuesta de la organización aunque yo planteo la posibilidad de realizarse en el Euskalduna de Bilbao, donde nació Julia.